

los capitanes, casi todos barones y señores ó á lo menos de sangre muy noble, casi todos súbditos del reino de Francia, los cuales, completo ya el número de su compañía, porque según la costumbre de aquel reino á ninguno se daba mando de mas de cien lanzas, no tenían otro objeto sino merecer alabanzas de su rey, por lo cual no existían entre ellos ni la inestabilidad de mudar de dueño por ambición ó avaricia, ni las pugnas con los otros capitanes para mandar mayor escolta, como en la milicia italiana, donde muchos de los hombres de armas, ya ciudadanos, ya plebeyos y súbditos de otros príncipes y dependientes en todo de los capitanes, con las cuales convenían en el sueldo y en cuyas facultades estaba inscribirlos y pagarles, no tenían ni por su naturaleza, ni por casualidad estímulo ninguno para servir bien; y los capitanes eran muy raras veces súbditos de quien los guiaba, y con frecuencia tenían intereses é intenciones distintas. Llenos unos con otros de emulación y odios no habían prefijado término á las escoltas; dueños enteramente de las compañías, no tenían el número de soldados que se les pagaba; no contentos con condiciones equitativas, ponían en todas ocasiones exorbitantes contribuciones á los señores, y poco estables en el mismo servicio, pasaban con frecuencia á servir á otro dueño, impulsándoles algunas veces la ambición, la autoridad ú otros intereses á ser, no solo inestables, sino infieles. No había ménos diferencia entre la infantería italiana y la que Carlos tenía, pues los Italianos no combatían en escuadras bien ordenadas sino esparcidos por el campo, retirándose la mayor parte de las veces á guarecerse con las murallas y los fosos; pero los Suizos, nación en extremo belicosa, la cual con su antigua milicia y con sus muchas preclaras victorias había renovado la fama de la antigua ferocidad, se presentaban á combatir en columnas ordenadas y distintas con cierto número por fila, no saliéndose nunca de la formación; se oponían á los enemigos á manera de una muralla, inmóviles y casi invictos cuando combatían en un lugar ancho donde podían extender su escuadrón: y con la misma disciplina y orden, si bien con el mismo valor, combatía la infantería francesa y gascona.»

§ 45. BATALLA DE FORNOVO.

El combate mas memorable en la expedición de Carlos VIII á Italia, y en el cual se pusieron en juego las buenas prácticas estratégicas, fué la batalla de Fornovo, en que las tropas italianas salieron al encuentro de las francesas para impedir su retirada. Los historiadores clásicos la describen largamente; pero acaso con demasiado arte; y los militares aprenderían mas consultando las crónicas. Malipiero en los *Anales venecianos* nos da el catálogo de los capitanes que estaban á las órdenes del gobierno veneciano, donde se ve que entonces

se hacia todavía la guerra únicamente por esta clase de gente:

Á esta expedición contra los Franceses, después de haberse hecho la alianza, el gobierno ha conducido á todos los que se expresan á continuación:

El señor Francisco Gonzaga, marques de Mantua, caballos, n.º	1,200
D. Zufredo, feudatario del Papa.	740
Bernardo Contarini, estradiotas.	676
Lanzas especiales cogionescas (de Coleoni).	650
El Señor Ranucio Farnesio.	600
El conde Bernardino Frangipan de Segnan.	600
El señor Juan Esforza de Pésaro.	600
Pedro Duodo, estradiotas.	600
El conde Bernardino de Fortebrazzi.	500
El conde Nicolas Rangon.	400
El conde Felipe de Rossi.	400
El conde Guido Guerrier.	400
El conde Carlos de Pian de Meleto.	400
El conde feudatario del marques Tadzio. Julian de Carpi.	400
El señor Antonio de Urbino de Monte Feltro.	400
El señor Anibal Bentivogli.	400
El señor Pandolfo de Rímíni.	400
Lanzas especiales robertescas.	350
Alejandro del Turco.	300
Marcos Masselengo.	240
El conde J. Francisco de Gambará.	240
Thadio de la Motella.	240
Alejandro Cagion.	240
Anibal de Martinengo.	240
. de la Motela.	200
El conde Alvisio Avogaro.	200
J. Paulo Manfron.	200
Antonio de Pigli.	200
Jacobo de Venecia.	200
Pedro de Cartagena.	160
Tres hijos suyos.	160
Tres hijos del conde Nicolas.	160
Tucio Constanzo.	160
Vido Brandolini.	160
Vicente Corso.	160
Pedro Chieregato de Vicenza.	150
El feudatario de Antoniazio.	150
Carlos Secc.	140
Juan de Piamonte.	120
Juan Gradenigo.	100
Juan Greco, ballestero de caballería.	100
Alvisio Valaresso.	100
Dos hijos del señor Deifebo de la Anguilara.	100
Ángel Francisco de Santo Ángel.	80
Juan de la Riva.	80
Roberto Strozzi.	80
Alejandro Beraldi.	80
Alejandro y Anibal de Dolce.	80
Jacobo de Savergnan.	80
Lazarin de Rímíni.	80
Felipe Albanese.	80
El Schiaveto.	80
Bargo.	60
Soncino Benzon de Crema.	50
Brazzo de Fortebrazzi.	50
Federico, feudatario de J. Antonio Starioto.	50
Bautista Sagramero.	50
El señor Vido Paulo de Monte Feltro, de Urbino.	50
Total núm.	15,526

Peones y estendiarios.	24,000
Nicolas Savargnan.	1,000
Cozzander Aleman, tratante en caballos.	1,000
J. Bernardo de Pellegrini de Verona.	1,000
Jerónimo Zenoa.	300

El placer que produce oír contar empresas á los que tomaron parte en ellas, hará agradable la narración de aquella batalla escrita por el conde Bernardino Fortebraccio:

« Repetiré particularmente á Vuestra Magnificencia, á quien soy en extremo adicto, lo que mi mujer le escribió en pocas palabras, para que tenga noticia de cuanto ha sucedido en este hecho de armas. Dios sabe que no me parecía tiempo oportuno de llegar á las manos con los enemigos. Quería dejar que se moviesen y que se hubiesen destruido por sí mismos. El ilustrísimo marques de Mantua opinó de otro modo y ordenó como César. Á mí me tocó la segunda columna; la ordené y me puse en mi puesto. Algunos de los nuestros turbaron el orden é hicieron daño á todos. La tercera columna le tocó al conde de Gajazzo: cada uno dió el ataque por su lugar. Yo principié mi empresa bien armado y bien montado. Combatimos un rato y nos dirigimos á un bajo. Se me presentó delante un caballero que llevaba sobre las armas una sobrevesta de terciopelo negro y oro, con faldas. Combatimos algun tiempo y por último fué herido por mí y se me entregó prisionero; no digo á mí, sino al Ilustrísimo Gobierno; que de otro modo no le pedí que se rindiese. Me pidió la vida y se la prometí; me dió su estoque y lo coloqué en la cadencia de mi arzon; me presentó un guante en señal de cautividad y lo arrojé al agua entregando su persona á mi criado. Continué combatiendo y cogí á otro, y sucesivamente hasta el número de cuatro; dos de los cuales á mi parecer eran personas de alguna posición. Estaban bien vestidos y entre otras cosas tenían cadenas de oro al cuello; de modo que yo tenía en mi arzon cuatro estochos de enemigos. Continué combatiendo hácia el estandarte real, esperando que los nuestros me seguirían y ayudarían, con el fin de llevar en nuestro glorioso ejército todo ó parte de la bandera real. Fuí acometido cerca de la bandera por un gran maestre bien montado y llegamos á las manos. Le dije que se rindiese, no á mí sino al Ilustrísimo Gobierno, y me contestó que no era tiempo. Apreté el caballo y le dí con la espada en la garganta; pero á un grito suyo fuí acometido por cuatro caballeros y fuí con ellos en batalla. No quiero decir lo que hice; pero combatiendo contra ocho fuí primero herido con una hacha en la sien; después en la nuca también con hacha y me quedé sin sentido, y al mismo tiempo con una lanza me empujaron en la espalda y me echaron á tierra medio muerto. Luego cayeron sobre mí y me hicieron doce heridas; siete en la cabeza, tres en el cuello y dos en la espalda. El Señor bendito me ayudó, porque me había puesto debajo del casco un

gorjal doble que me salvó la vida; pues las heridas de la garganta me hubieran dado la muerte cada una separadamente, pero no penetraron. Pero las que tuve me han hecho padecer extraordinariamente. Me dejaron por muerto y fuí abandonado por todos los de mi columna, la cual si hubiese sido socorrida, no hubiera sido pisada por los caballos. Me llevó arrastrando un criado mio hasta un foso; perdí mi caballo, un paje y un criado que me había servido largo tiempo: algunos otros de los que yo quería mas perdieron los caballos, y en el entretanto llovía con gran fuerza. Cuando cesó la batalla, fuí llevado á mi pabellón. Los magníficos proveedores fueron á visitarme, pero yo no los ví, porque estaba mas muerto que vivo; de modo que me leyeron ya la recomendación del alma. Me llevaron á casa de M. Andres Bagiardo, que es un hombre de bien; llamaron médicos, y como estos no tratasen de curar las heridas, se envié á Bolonia por un médico de Parma, conocido mio, y ántes que llegase, un hermano suyo, que había llegado por casualidad, me levantó tres pedazos de hueso de la cabeza, de manera que se me quedó el cerebro descubierto como el fondo de una taza, porque de tres heridas hizo una sola. Llegó luego mi mujer y con su esmero y solicitud he llegado por gracia de Dios á un buen término, de modo que espero curarme. Todos mis males me parecen nada con tal que haya hecho una cosa agradable á los ojos del Ilustre Gobierno y de ese glorioso Senado. Nada me importaría la vida, si todo el ejército hubiese quedado destruido. Me parece que tardé mil años en curarme del todo y en volverme al lado del ilustre marques y de nuestro glorioso ejército; donde, cuando vuelva, demostraré plenamente mi verdadera adhesión y fe. Me ha sido de grandísimo consuelo y alivio, en una época tan grave para mí, la llegada de mi hijo Rafael con la carta del Ilustrísimo Gobierno, que está llena de humanidad y de dulzura; y ciertamente no siento dolores ni padecimientos al saber que he hecho una cosa agradable á ese Ilustre Gobierno, apreciando mas los ofrecimientos que se me hacen en las cartas que el dinero que se me ha enviado. Alabado sea Dios. No estimo ninguna cosa tanto como estar en gracia de mi señor. Hoy me han traído otra carta también del Ilustre Gobierno, que dice cuán grato le es mi servicio; y me ha enviado aquí á maese Andres Morandino, excelente cirujano que me ha dado buenas esperanzas, y dice que me llevará dentro de diez dias á Venecia. Me entregaré á él enteramente, porque así podré saludar á aquel glorioso Senado y decirle muchas cosas que no creo conveniente escribir. Mi mujer ha escrito al Ilustre Gobierno y le ha pedido de mi parte á maese Juan de Tristan de Venecia, físico, muy amigo mio y mi médico hace catorce años; se halla en los dominios de los señores abogados. Espero que ya habrá salido para esta; pero si así no fuere, ruego á Vuestra Magnificencia dis-

ponga que se le ordene. Tengo gran confianza en él, y esto alienta extraordinariamente á los enfermos. Suplico á Vuestra Magnificencia que no deje de venir para que podamos ir saliendo adelante con mas seguridad. Esta noche he descansado mejor que de costumbre, gracias á Dios. Avisaré de cuanto ocurra. Quedo á las órdenes de Vuestra Magnificencia. Parma á XX de julio de MCCCCXCV.

BERNARDINO DE FÓRTIS BRACHIIS.
Comes, Eques armorum.

« Diré cuatro palabras que no puedo callar. Hubiéramos podido destruir aquel ejército y aun otro mayor, si los nuestros hubiesen atendido á conseguir la victoria y no á cuidar de los equipajes, como verbalmente diré á Vuestra Magnificencia, si Dios es servido. »

§ 46. MAQUIAVELO COMO HISTORIADOR DEL ARTE.

Con recursos tan escasos comenzaban aquellas guerras de conquista que debían arruinar y matar á Italia. Lleno de ellas está el siglo XVI; así, pues, no parecerá fuera de propósito que nos ocupemos en hablar de ellas primero teóricamente y luego considerándolas en la práctica.

Las primeras nos son presentadas por el escritor mas ingenioso de aquella época, Nicolas Maquiavelo (1469-1527). Viendo el desorden que se había introducido en la milicia por la culpa de los jefes de los bandos asalariados, disgusto de los soldados aventureros, verdaderos salteadores de caminos, pagados hoy para combatir lo que defenderán mañana, feroces cuando no había peligro, valientes solo con la esperanza del botín, y que hacían consistir el valor en la ostentacion de pomposos nombres, como Fierabras, Tagliacozzo, Fieramosca, etc., quiso demostrar la necesidad de tener ejércitos nacionales y disciplinados; y aunque extraño á las armas, su libro, sin embargo, se lee con gusto por las buenas observaciones en que abunda. Queriendo apoyar esta doctrina como todas las demas suyas en ejemplos clásicos, trata de que se aprenda de los Griegos y Romanos la importancia de la infantería, base de los ejércitos y de la nacion; indica la conveniencia de que lleven el paso, del uso de los tambores, de las banderas, de los penachos, de los colores y demas distintivos á propósito para conservar el orden, y la necesidad de ejercitar las tropas; establece una jerarquía de grados proporcionada á las facultades del hombre y de las masas, y al orden de columna que es el que propone. Aunque conocia algunos de los cambios que debían producir las armas de fuego, se dejó llevar de su admiracion á los Romanos, de las prácticas entónces en uso y del ejemplo

de los Suizos, para no proscribir el orden de columna y querer que los ejércitos tuviesen de veinticuatro á treinta mil hombres como los romanos.

Para que los ciudadanos se ejerciten continuamente y no sean, sin embargo, soldados hasta el momento del peligro, somete al alistamiento á todos los hombres de diez y siete á cuarenta años y luego solo á los de diez y siete (edad ciertamente precoz); de modo que en caso de necesidad puedan todos tomar las armas, sin que esta sea profesion especial de ninguno. Crea diferentes cuerpos para formar las escoltas, los pequeños destacamentos, las guardias de honor, etc., para no disminuir los batallones con tales servicios. Es extraño su proyecto de reclutar la infantería en el campo y la caballería en la ciudad, y es un recuerdo de las costumbres de Atenas dependientes de su constitucion; pero que entre nosotros no significa nada.

De las armas de su tiempo dice lo siguiente. « La infantería tiene para su defensa un peto de hierro y para atacar una lanza de nueve brazas de largo que llaman pica, con una espada al costado, mas bien redonda por la punta que aguda. Estas son las armas ordinarias de la infantería actual, porque pocos hay que tengan armado el cuerpo ni los brazos, y ninguno la cabeza; y aquellos pocos llevan en lugar de pica una alabarda, cuya asta es de tres brazas de largo y tiene el hierro torcido como una hoz. Hay entre ellos fusileros, los cuales con el fuego hacen el oficio que hacian antiguamente los honderos y ballesteros. Esta clase de armas ha sido inventada por los pueblos alemanes, y particularmente por los Suizos... Y con estas armas y con estos órdenes han tomado los Alemanes tanta audacia que quince, veinte de ellos acometerian á cualquier número de caballos. Y han sido tan poderosos los ejemplos de su valor fundado en aquellas armas y aquellos órdenes, que desde que el rey Carlos pasó á Italia todas las naciones le han imitado; de tal modo que los ejércitos españoles han adquirido una gran reputacion... La infantería alemana armada así puede resistir y vencer á la caballería, y están los soldados mas expeditos para andar y ponerse en orden porque no están cargados de armas. Por otra parte están expuestos á todos los golpes de lejos y de cerca por estar desarmados. Son inútiles en las batallas de tierra y en toda pelea en que se haga fuerte resistencia. Pero los Romanos resistían y vencían á la caballería como estos, y se hallaban al abrigo de los golpes de cerca y de lejos porque estaban cubiertos de armas; podían acometer mejor y resistir los choques porque tenían escudos; podían valerse con mas facilidad en los parajes estrechos con la espada que estos con la pica; y aunque tienen espada, como están sin escudo, es inútil. Podían ciertamente ocupar las tierras teniendo la cabeza cubierta y pudiéndose la cubrir mejor con el escudo; de manera que

no tenían otra incomodidad que la pesadez de las armas y el fastidio de tenerlas que llevar; cuyos inconvenientes desaparecian acostumbrando el cuerpo... La infantería puede tener que combatir con infantería y con caballería; y siempre será inútil aquella que no pueda ó resistir á la caballería, ó pudiéndola resistir, que haya de tener miedo á otra infantería que esté mejor armada ó mejor ordenada. Si consideráis la infantería alemana ó romana, hallaréis en la primera probabilidad de vencer á los caballos; pero una grande desventaja cuando combate con otra ordenada como ella y armada como la romana. De manera que entre ambas habrá esta diferencia: que los Romanos pueden vencer á la infantería y caballería, y los Alemanes á la caballería solamente (1). »

En cuanto á la caballería, dice: « Creo que en estos tiempos, merced á las sillas de arzon y á los estribos no usados por los antiguos, se monta á caballo mas gallardamente que entónces. Creo que las armas son tambien mejores; de modo que hoy un escuadron de hombres de armas pesando tanto, vence mayores dificultades que los antiguos. Con todo, juzgo que no se debe dar á los caballos mas importancia de la que tenían antiguamente, porque muchas veces en nuestro tiempo han quedado vencidos por la infantería, y quedarán siempre que den con una infantería armada y ordenada como se ha dicho.... Digo, por tanto, que aquellos pueblos ó reinos que estimen mas la caballería que la infantería, serán siempre débiles y estarán expuestos á sufrir reveses, como se ha visto en la Italia en nuestros dias, la cual ha sido robada, arruinada y engañada por los extranjeros, no por otra causa mas que por haber tenido poco cuidado de la milicia de á pié y haberse convertido toda su infantería en caballería. Se deben tener caballos, pero como un elemento secundario del ejército, porque para explorar, correr y asolar el país enemigo, para incomodar y atormentar el ejército de aquel y tenerle siempre sobre las armas y para cortarle las provisiones son necesarios y muy útiles; pero en cuanto á las jornadas y batallas campales, que constituyen el punto importante de la guerra, y el fin á que se dirigen los ejércitos, son mas útiles para perseguir al enemigo, cuando va destrozado, que para hacer ninguna otra cosa, y son inferiores en valor á los peones.

« Pero volvamos á la otra pregunta que hacéis, en la que queréis saber qué orden ó qué virtud natural hace que los infantes superen á la caballería. Y os diré en primer lugar que los caballos no pueden andar como los infantes por todos los puntos. Son mas tardos que los infantes en obedecer cuando se necesita variar el orden, porque si es preciso volver atras ó ir adelante ó moverse estando parados ó detenerse, sin duda alguna no lo pueden hacer tan pronto los caballos como los infantes. Aquellos

no pueden, habiéndose desordenado á causa de cualquier impulso, volver á ordenarse sino con mucha dificultad, y lo mismo sucede aunque falte aquel impulso; lo cual sucede muy raras veces á los infantes. Ademas de esto sucederá muchas veces que un hombre valiente tenga un caballo malo y un cobarde otro brioso, y de aquí resultará desorden de la desigualdad de ánimo. No nos admiremos de que un puñado de infantes resista el ímpetu de los caballos, porque el caballo es animal de gran instinto y conoce los peligros y entra en ellos de mala gana. Y si consideráis las fuerzas que le hacen ir adelante y las que le hacen retroceder, veréis sin duda que son mayores las que le detienen que las que le dan impulso, porque hácia adelante le hacen andar la espuela y hácia atras la espada y la pica. Segun se ha visto por las antiguas y modernas pruebas, un grupo de infantería es no solo muy seguro, sino invencible por los caballos. Si á esto contestáis que la impetuosidad con que viene hará que choque con mas fuerza al que le quiere resistir y considerar ménos la pica que la espuela, digo que si el caballo principia á ver que puede chocar con las puntas de las lanzas, contendrá su carrera, de modo que se detendrá enteramente ó cuando llegue á ellas se volverá á la derecha ó á la izquierda. Si queréis experimentarlo, tratad de hacer correr un caballo contra una pared: pocos hallaréis que se precipiten hácia ella con el ardor que deseais. Teniendo César que combatir á los Suizos en Francia, se apeó é hizo apeaar á todos y separar de las filas á los caballos como mas á propósito para huir que para combatir. Pero, sin embargo de estos obstáculos naturales que tienen los caballos, el capitán que manda la infantería debe elegir caminos que tengan para los caballos cuantos obstáculos sea posible, y rara vez ocurrirá que el hombre no pueda salvarse en las desigualdades del terreno. Porque si se camina por colinas, el sitio librará de aquel ímpetu que teméis. Si se va por camino llano, pocas llanuras habrá que no ofrezcan seguridad, ya por las tierras cultivadas, ya por los bosques; porque todo arbusto, todo obstáculo, aunque débil, debilita aquel ímpetu, y toda tierra cultivada donde haya vides ú otros árboles detiene á los caballos. Si se entra en batalla sucede lo mismo que caminando, porque cualquier pequeño obstáculo que se presente al caballo le hace detener. No quiero, sin embargo, dejar de decir que los Romanos tenían tanto apego á sus órdenes y tanta confianza en sus armas, que si les hubiesen dado á elegir un sitio montañoso para guardarse de los caballos, donde no hubieran podido desplegar sus tropas, ú otro en que hubiesen tenido que temer á los caballos, pero donde hubiesen podido extenderse, habrían tomado este y dejado aquel. »

Esta era la forma que proponía dar al ejército (1):

(1) *Arte de la guerra*, lib. II.

Arte de la guerra, lib. II.

« Conforme los Romanos dividían su legión, que se componía de cinco ó seis mil hombres, en diez cohortes, así creo que debemos dividir nuestra columna, compuesta de seis mil hombres de á pié en diez batallones, y cada uno de estos de cuatrocientos cincuenta hombres, de los cuales cuatrocientos han de estar provistos de armas pesadas, y cincuenta de armas ligeras; de los que lleven armas pesadas, trescientos tendrán escudos y espadas, y ciento lanzas ó picas ordinarias: los armados á la ligera serán cincuenta peones con fusiles, ballestas, partesanas y rodelas, y se llamarán conforme á su antiguo nombre velites ordinarios: los diez batallones vienen á tener por tanto tres mil escuderos, mil piqueros ordinarios, y quinientos velites ordinarios, que entre todos componen un número de cuatro mil quinientos infantes. Y decimos que la columna tendrá seis mil, porque es preciso añadir otros mil quinientos infantes, mil de los cuales llevarán picas y los llamaremos piqueros extraordinarios, y quinientos armados á la ligera que se llamarán velites extraordinarios; y así vendría á componerse la infantería, según acabamos de decir, la mitad de escuderos y la otra mitad entre piqueros y demás. Pondremos á cada batallón un condestable, cuatro centuriones y cuarenta decuriones. Á los mil piqueros extraordinarios les daremos tres condestables, diez centuriones y cien decuriones; á los velites extraordinarios dos condestables, cinco centuriones y cincuenta decuriones. Luego pondremos un jefe general de toda la columna. Sería conveniente que cada condestable tuviese una bandera y una música. Una columna se compondría por consiguiente de diez batallones de tres mil escuderos, mil piqueros ordinarios, mil extraordinarios, y quinientos velites ordinarios y quinientos extraordinarios; de este modo vendrían á ser seis mil infantes, entre los cuales habría mil quinientos decuriones y además quince condestables con quince músicas y quince banderas; cincuenta y cinco centuriones, diez jefes de velites ordinarios y un general de toda la columna con su bandera y su música. Creo que el rey ó la república que quisiese poner sobre las armas á sus súbditos, debería hacerlo con estas armas y con estas divisiones, y formar en su país tantos batallones como fuese posible, y cuando los hubiese formado según la expresada división y quisiese ejercitarlos en ordenarse, no tendría más que ejercitarlos batallón por batallón. Y aunque el número de los hombres de cada uno de ellos no componga un ejército completo, sin embargo puede aprender cada hombre á hacer lo que le corresponde particularmente; porque en los ejércitos hay dos órdenes: uno es el que deben observar los hombres de cada batallón, y otro el que después debe observar el batallón cuando está reunido con los otros; y aquellos que hacen bien el primero, fácilmente observan el segundo, pero sin saber aquel, no pueden llegar nunca á maniobrar en este. Por tanto, cada

uno de estos batallones separados puede aprender á guardar el orden de las filas, cualquiera que sea el lugar en que se halle y el movimiento que haya de hacer; y además á reunirse, comprender los toques por medio de los cuales se dan las órdenes para la pelea; conocer por ellos, como los marineros por el pito, todo lo que han de hacer; es decir, estar firmes, marchar adelante, volver atrás y dónde han de dirigir las armas y la cara. Así, pues, sabiendo conservar las filas de modo que no se rompan por el lugar ni por el movimiento, entendiendo bien las órdenes del jefe por medio de los toques y sabiendo volverse en su puesto, pueden estos batallones, según llevo dicho, aprender fácilmente á hacer el servicio que deben prestar unidos. Y como esta práctica universal no debe descuidarse, se podría una ó dos veces al año, estando el país en paz, reunir toda la columna y darle la forma de un ejército completo, ejercitándola por espacio de algunos días, como si se fuese á dar una batalla, formando el frente, los flancos y las municiones cada cosa en su puesto. Porque un ejército no es valiente porque tenga hombres valientes, sino porque tiene sus filas bien ordenadas. Estos ejercicios son en extremo necesarios cuando se organiza un nuevo ejército, y teniendo un ejército viejo son necesarios, porque, según sabemos, aunque los Romanos sabían desde niños el modo con que se ordenaban sus ejércitos, sin embargo aquellos capitanes los ejercitaban continuamente ántes de presentarse al enemigo, y Josefo en su *Historia* dice que los continuos ejercicios de los ejércitos romanos hacían que toda aquella turba que sigue al campamento con el fin de ganar la vida, fuese útil en las batallas, porque todos sabían pelear en orden y conservando su puesto. Pero en los ejércitos compuestos de hombres nuevos, ó que acaban de reunirse para combatir, sea al momento, sea más adelante, sin estos ejercicios, tanto de los combates singulares como de todo el ejército, nada se hace; porque siendo necesarios los órdenes, conviene con doble esmero y trabajo mostrarlos á los que los ignoran, y mantenerlos en las personas que los saben; y muchos excelentes capitanes se han fatigado sin consideración alguna por mantenerlos y enseñarlos. »

Acerca de las fortalezas discurre bien, en cuanto era posible, tratándose de un arte nuevo y á punto de experimentar un cambio:

« Los estilos y órdenes de la guerra en todo el mundo respecto á los de los antiguos ya no existen; en Italia se han perdido enteramente; y si alguna cosa nos queda un poco mejor, la hemos tomado del ejemplo de los Franceses. Ántes que el rey Carlos de Francia pasase á Italia, las almenas se hacían del grueso de medio codo, las aspilleras y las bombarderas con poca abertura por fuera y mucha por dentro, sin contar varios otros defectos; pues es fácil quitar de las almenas delgadas las defensas, y

las bombarderas construidas de aquel modo se abren con poco trabajo. Actualmente se ha aprendido de los Franceses á hacer las almenas anchas y gruesas y á que las bombarderas sean también anchas por la parte interior, estrechándose hasta la mitad de la muralla y ensanchándose luego de nuevo hasta la corteza de fuera: así cuesta mucho á la artillería destruir las defensas. Sin embargo, los Franceses tienen otros varios órdenes, entre los cuales se debe citar ese género de rastrillos hecho á modo de reja, el cual lleva gran ventaja al vuestro en atención á que, teniendo para defensa de una puerta un rastrillo sólido como el vuestro, si lo bajáis, os encerráis dentro, y no podéis ofender desde allí al enemigo; el cual, con hachas y con fuego, lo puede derribar sin riesgo alguno. Pero estando hecho á modo de reja, es posible, bajado que sea, defenderlo por entre los intervalos que presente con lanzas, ballestas y todo linaje de armas.

« Usan además los Franceses, para mayor seguridad de las puertas de sus ciudades, y para poder durante los sitios introducir gente en ellas y sacarla con más facilidad, otro orden, del que aun no he visto en Italia ningún ejemplo, y que consiste en erigir en la punta exterior del puente levadizo dos pilastras, y equilibrar sobre cada una de ellas una viga, de manera que la mitad esté sobre el puente y la otra mitad fuera. Después unen esta última con viguetas, que entretienen desde una á otra viga á estilo de reja, y por la parte de adentro atan al extremo de cada viga una cadena. Cuando quieren cerrar el puente por la parte de fuera, aflojan las cadenas, y dejan bajar todo aquel enrejado; cuando lo quieren abrir, tiran de las cadenas, y el enrejado sube; pudiendo hacerse esto de modo que pase un hombre y no un caballo, ó un caballo y no un hombre, y volverlo á cerrar enteramente, pues que se baja y se sube como la mampara de una almena. Este orden es más seguro que el rastrillo, porque con dificultad puede impedir el enemigo el descenso, no bajando en línea recta como el rastrillo, que fácilmente se puede apuntalar (1). »

Confía, pues, en que siguiendo el ejemplo de los antiguos, sería posible renovar los órdenes de la milicia que son malos en todas partes, y en Italia pésimos.

« No basta en Italia saber dirigir un ejército ya formado, sino que ántes es preciso saberlo formar, y luego saberlo mandar; necesitándose para esto aquellos príncipes que, por tener un grande Estado y muchos súbditos, cuentan con la comodidad de hacerlo. ¿Cuándo podría yo conseguir que uno de los soldados actuales llevase más armas que las que acostumbra, y además la comida para dos ó tres días y la zapa? ¿Cuándo podría hacerle zapa, ó tenerle cada día muchas horas sobre las armas en los ejercicios fingidos, para después servirme de él con pro-

(1) Lib. VII.

vecho en los verdaderos? ¿Cuándo lograría que se abstuviese de los juegos, lascivias, blasfemias é insolencias diarias? ¿Cuándo se sujetaría á tal disciplina, obediencia y respeto que un árbol cargado de manzanas, en medio de los alojamientos, se encontrase y dejase allí intacto, como se lee sucedió á menudo en los ejércitos antiguos? ¿Qué puedo prometerle, para que deba con reverencia amarme ó temerme, cuando, una vez concluida la guerra, nada tenga que ver conmigo...?

« Los Italianos, por haber carecido de príncipes sabios, no han adoptado ningún orden bueno, y por no haberse visto en la misma necesidad que los Españoles no los han adoptado por sí propios; de forma que son el vituperio del mundo. Pero los pueblos no tienen la culpa, sino sus príncipes, que han llevado el castigo, expiando justamente su ignorancia con la pérdida ignominiosa del Estado y la falta de todo ejemplo virtuoso. ¿Se quiere ver si digo la verdad? Considérese cuántas guerras se han hecho en Italia desde el rey Carlos hasta el día; pues bien, acostumbrando las guerras á formar hombres belicosos y reputados, estas, cuanto más grandes y terribles han sido, tanto más han hecho perder reputación á los subalternos y á los jefes. Lo cual debe consistir en que los órdenes usuales no eran ni son buenos, y en que no ha habido nadie que haya sabido adoptar órdenes nuevos. Ni se crea posible volver el crédito á las armas italianas, á no seguirse la senda que he señalado, y esto por las personas poseedoras de grandes Estados en Italia, pues esta forma puede imprimirse en los hombres sencillos, rudos y naturales del país, no en los maliciosos, desmoralizados y extranjeros. No se hallará nunca un buen escultor que crea hacer una hermosa estatua de un trozo de mármol mal bosquejado, y sí de uno que no haya tocado el buril.

« Creían nuestros príncipes italianos, ántes que probasen los golpes de las guerras ultramontanas, que bastaba á un príncipe saber pensar en los escritorios una respuesta aguda, escribir una hermosa carta, mostrar en los dichos y en las palabras sutileza y prontitud, saber urdir un engaño, adornarse de piedras preciosas y de oro, dormir y comer con mayor esplendor que los demás, rodearse de mujeres lascivas, conducirse con los súbditos avara y soberbiamente, echarse á perder en el ocio, dar los grados de la milicia por gracia, acoger con el desprecio al que señalase algún camino honroso, querer que sus palabras fuesen respuestas de oráculos; y no advertían los miserables que se disponían á ser víctimas de cualquiera que los acometiese. De aquí nacieron luego en 1454 los grandes terrores, las fugas repentinas y las pérdidas milagrosas; y por eso han sido tantas veces saqueados y devastados los tres Estados poderosísimos que había en Italia. Pero lo peor es que los que nos quedan continúan en el mismo error y viven en el propio desorden, no

considerando que los que antiguamente querían conservar el Estado, hacían y obligaban á que se hicieran todas aquellas cosas que dejó expuestas, y que estudiaban el modo de preparar el cuerpo para sobrellevar las incomodidades y el alma para no temer los peligros. De donde provenía que César, Alejandro y todos aquellos hombres y príncipes insignes eran los primeros entre los combatientes, iban armados, y si perdían el Estado, querían perder la vida; de modo que vivían y morían virtuosamente. Y si en ellos ó en parte de ellos podía condenarse la demasiada ambición de reinar, no se condenará jamás ninguna maldad, nada que haga á los hombres delicados y pusilánimes. Imposible parece que si los príncipes italianos leyesen y creyesen tales cosas, no cambiasen de método de vida y sus provincias de fortuna.

» Y como al principio de este discurso os habéis dolido de vuestra ordenanza, os digo, que si la habéis arreglado como llevo expuesto y no ha dado buen resultado, tenéis razón de doleros; pero si no habéis verificado tal arreglo, ella puede dolerse de vos que habéis hecho un aborto, no una figura perfecta. Los Venecianos y el duque de Ferrara empezaron á practicarla y no siguieron; lo cual ha sido culpa suya, y no de sus hombres. No dudo afirmaros, que el primero de los que hoy tienen Estados en Italia, que emprenda este camino, será antes que ningún otro señor de esta provincia, y sucederá á su Estado como al reino de los Macedonios, el cual, sometido á Filipo, que había aprendido del Tebano Epaminondas el modo de ordenar los ejércitos, llegó á ser mediante este orden y estos ejercicios, y mientras que el resto de la Grecia permanecía en el ocio y oía recitar comedias, tan poderoso que pudo en breves años ocuparla toda, y dejar á su hijo un fundamento tal que logró enseñorearse de todo el mundo. Así, pues, el que desprecia estas ideas, si es príncipe desprecia su principado; si es ciudadano, su ciudad. De cuyo resultado no quiero os admiréis ni desconfiéis, porque esta provincia parece destinada á resucitar las cosas muertas, según se ha visto con la poesía, la pintura y la escultura (1). »

En suma, aunque superior á los demás escritores en el modo positivo y claro de tratar las materias, Maquiavelo imita demasiado servilmente á los antiguos, y las marchas y los campamentos romanos, que cada día eran menos convenientes. No obstante, si como guerrero es censurado, se le aplaude como filósofo político, porque aspiraba á ordenar ejércitos nacionales, y en vez de formular métodos puramente militares, quería oponer la fuerza moral de los ejércitos al triste espectáculo de los capitanes aventureros.

En cuanto á los demás tratadistas, dice Fóscolo: « Las divisiones provinciales, el sistema feudal de Europa y las cátedras de la literatura

(1) Lib. VII.

usurpadas por gente sin amor patrio y sin razón, alejaron de las guerras del siglo XVI las grandes teorías de los antiguos. Muchas fueron las batallas, pocos los resultados: se obró siempre y no se meditó jamás. Y mientras la fortuna y las pasiones dirigían la guerra, innumerables traductores é intérpretes copiaron exactamente las instituciones y los métodos de la Grecia, primera inventora de la disciplina militar, y de Roma, conquistadora del mundo; pero se tradujo con el lexicon y se comentó con la gramática. Rara vez la filosofía, y rarísima la experiencia, contribuían á los estudios eruditos. Se admiraba la antigua milicia, se anatomizaban una á una las empresas; pero ¿qué persona, perteneciente á las escuelas de Justo Lipsio y de Juan Meursio, podía elevarse á las razones universales de las victorias griegas y romanas? Así los guerreros abandonaban los maestros de la guerra á los anticuarios. Estos, fastidiados de las cosas contemporáneas, aquellos, estimando en poco la antigüedad, creían que la diversidad procedente de las armas, de la artillería y de las fortificaciones no admitía en adelante imitación ni comparación entre los ejércitos antiguos y modernos. »

§ 47. NOTICIA DE LOS EJÉRCITOS IMPERIALES, FRANCESES É INGLESES.

De los ejércitos de Carlos V, como rey de España, dice lo siguiente en 1532 Nicolas Tépolo, embajador de Venecia (1):

« Tiene á sueldo Su Majestad para su guardia continua cien arqueros, á los cuales da 80 ducados al año por cabeza; cien alabarderos castellanos y ciento alemanes, á cada uno de los cuales paga 48 ducados al año: de modo que las pagas de todos estos, sin las provisiones de los jefes, ascienden á 17,600 ducados.

» Además tiene cien nobles que le siguen constantemente, y hacen el servicio de hombres de armas, proporcionándole quién cuatro, quién ocho y quién diez caballos. Estos nobles tienen 200 ducados á lo menos de provision anual cada uno, y son en su mayor parte señores y caballeros: estas provisiones no bajan de 20,000 ducados al año.

» Paga también algunos, que se llaman escuderos de acompañamiento hasta el número de cuatro mil, los cuales sirven parte en clase de hombres de armas, parte como caballería ligera, y no de continuo, pues se están en sus casas, obligados solo á cabalgar en las grandes necesidades de España (no se les puede hacer salir del reino); pero los hombres de armas no cobran más que 16 ducados, y los jinetes ligeros 12 ducados anuales por cabeza. Esta paga no se entiende de año en año sin interrupción; si bien cuando hay precisión de llevar la guerra

(1) Relaciones de los embajadores venecianos al Senado. Florencia, 1839. Serie 1ª, tomo I, pág. 42.

fuera de España los sueldos crecen ó disminuyen; porque, como su servicio es poco, y algunas veces nulo en muchos años, se les suele pagar tarde, llegando á debérselos ya ocho, ya diez pagas; sin embargo de lo cual, se muestran satisfechos por el título de tener vasallos y por ciertas otras preeminencias. Pagándose, como también sucede, cuando no hay guerra exterior, suben estos gastos respecto de los hombres de armas, en número de dos mil y quinientos, á 40,000 ducados; y respecto de los jinetes ligeros, en número de 1,500, á 18,000 ducados: total 58,000 ducados anuales.

» Además de la supradicha gente, tiene para custodiar las fronteras del reino de Navarra contra Francia dos mil infantes, aunque no tan bien pagados como lo estarían si saliesen de España á servir; sin embargo, entran en estos voluntariamente soldados experimentados, jefes de partida y capitanes, cuando vuelven á sus casas después de alguna guerra; pues aunque el sueldo sea corto, se entretienen de este modo en algo, sacándose de ellos luego en las necesidades de la guerra capitanes, jefes de escuadra ú otra especie de hombres de mando. Los capitanes de estos soldados de á pié son en número de sesenta, veinte de los cuales están obligados á permanecer siempre en la corte; los infantes perciben de sueldo cerca de 2 ducados, y los capitanes cerca de 11 al mes; importando de consiguiente el de los primeros 48,000 y el de los segundos unos 8,000 al año: total 56,000 ducados.

» Añádanse á los precedentes mil hombres de armas, mil caballos ligeros y seiscientos rocines para la misma custodia de las fronteras y otras necesidades de la guerra; porque se sirve también de ellos en las guerras fuera de España, como ha sucedido en las últimas de Italia, y según las necesidades se aumentan ó se disminuyen. Da á los hombres de armas 80 ducados anuales por cabeza, á los caballos ligeros 50 ducados, y á los rocines 40.

» Los capitanes de esta gente no parece que disfrutan de ninguna provision, ó á lo menos es poco estable; sirven halagados por la esperanza; pues cuando llevan dos ó tres años de servicio, Su Majestad señala á uno dos, á otro tres, á otro cuatro, seis, diez ducados ó más de renta al año. El sueldo de esta gente compone al año verdaderamente, sin contar la provision de los capitanes, un total de 154,000 ducados.

» Acostumbraba tener siempre á su servicio nueve galeras á lo menos; pero hoy tiene doce, las cuales no le ocasionan el gasto que un número igual irrogaría á Vuestra Serenidad, pues están armadas en su mayor parte de forzados, y no todo el año; sin embargo, cada una le cuesta anualmente 3,500 ducados (y otro tanto da á los capitanes de cada una por su sueldo sin más gasto suyo, excepto en lo que corresponde á los cascos de las galeras, que entrega provistas de armas, cañones y municiones de

guerra, hallándose obligados los capitanes á restituirlas en el mismo estado, á no ser que hubiesen perecido impensadamente ó combatiendo con los enemigos); lo que hace un total de 42,000 ducados.

» Paga, por último, de las mismas rentas las quince galeras de Andres Doria, dándole por todo gasto, inclusa su provision, 6,000 ducados por galera, que cobra sin el menor retardo en Barcelona. Pero además de esta asignacion tiene otra de 6,000 ducados, hasta proveerle de un Estado que se le ha prometido en el reino de Nápoles, capaz de suministrar una renta equivalente, de manera que asciende el total á 96,000 ducados anuales.

» Estos son todos los gastos notables que puede calcularse verifica ordinariamente el emperador de sus rentas de los reinos de España, que importan por sí solas 689,600 ducados...

» Su Majestad se sirve además de los expresados reinos de otros varios modos, pues cuando hay guerra en Castilla, todos los señores están obligados á proporcionar cierto número de lanzas ó de caballos ligeros ó rocines, quién doscientos, quién más, quién menos, según sus facultades, mientras dura aquella, pagando Su Majestad á cada hombre de armas con dos caballos no más de 40 maravedís por día. Fuera de España no se les puede verdaderamente obligar á servir ni con tropas, ni con su persona, á no ser que quieran, en alguna guerra.

» Las mismas ciudades y reinos no tienen obligacion de pagar ni de suministrar más gente de la ordinaria en ninguna guerra exterior, pero cuando dichas ciudades ó reinos se ven asediados ó molestados por el enemigo, las leyes de España los obligan, y por sí mismos se mueven á tomar su propia defensa, sin nuevas pagas ni subsidios; en cuyo caso se proveen tanto de caballería como de infantería, según la necesidad y su fuerza: hasta se dice que alguna vez las mujeres se han armado, no solo en defensa de su patria, sino también de la ciudad vecina.

» Además cuando se necesitan tropas de infantería en España, las comunidades las proporcionan, pagando Su Majestad únicamente 30 maravedís al día por hombre, y están obligadas las referidas comunidades á encontrar tales tropas, pues siendo corto el estipendio y constándoles que han de servir poco tiempo, y que no han de tener otros medios de robar ni de ganar, es muy difícil haya quien se ofrezca á servir voluntariamente. Tratándose de salir de España, el llamamiento se verifica á toque de tambor, y en ese caso hay cuanta gente se quiera, sin más estipendio que los 30 maravedís diarios hasta que es conducida al lugar de la facción y servicio que debe prestar; allí se le paga de diverso modo, cual ha sucedido con las tropas que de tiempo en tiempo han salido del reino; siendo Italia, entre otras provincias,